

Chrysanthème - Ópera en un acto

Rafael Peacan del Sar

Libreto: Giuseppe Colelli

Estreno: Bs. As., 14-06-1927, Teatro Colón. Gran Compañía Italiana, Director de

Orquesta: Gino Marinuzzi. Empresa Octavio Scotto. Intérpretes:

Marengo, Isabel	(soprano)	Chrysantheme
Tedeschi, Alfredo	(tenor)	Mario
Vanelli, Gino	(barítono)	Alberto
Muzio, Atilio	(bajo)	Doctor
Simoni, Raúl	(tenor)	Criado

<http://www.musicaclasicaargentina.com/operas/peacandelsarchrysantheme.htm> (mayo 2003)

Acto I

La acción se desarrolla en el Japón, en casa de la gentil Chrysanthème, “mousmé” de temperamento soñador, que ha sufrido mucho en su breve vida.

En la casa, todo nos habla de Oriente, de sus sueños y turbaciones.

El doctor, amigo de la niña, la visita y le presenta al joven Mario, artista italiano en viaje de estudio por el Japón, pero romántico enamorado de su patria, cuyas bellezas describe a la graciosa “mousmé”, la cual, ante las confidencias del viajero, revela las propias y le dice que no siempre bajo la sonrisa existe la felicidad, y que cada alma en el mundo esconde un angustioso misterio. Impresionada por la presencia de Mario, después de escucharle con embeleso, se retira pensativa con el dardo del amor clavado en su tierno corazón.

Quedan solos Mario, Alberto y el doctor. Mario dice que sólo considera digna de amor a la mujer que en alas de la pasión divinizada por la pureza, quiere con el espíritu y el sentimiento.

Chrysanthème vuelve otra vez, aparentemente risueña, y obsequia a sus amigos con champagne.

El doctor y Alberto, encantados, brindan a la dicha y extreman el ditirambo entusiasmo.

Vase Chrysanthème a enseñar a Alberto sus habitaciones; queda solo Mario sufriendo la sugestión del ambiente. La luna soma su disco plateado, que penetra en la estancia iluminándola fantásticamente.

Mario experimenta la dulce sensación del ambiente y piensa que el amor, como el humo, nace en forma de tenue nubecilla y se evapora en el fluido de la noche transparente, sin dejar otra cosa que un suave y melancólico recuerdo.

Mientras tanto, llega como vaporosa visión Chrysanthème y, casi tímidamente, se le acerca, obligándole con dulce violencia a escucharle.

Triste historia es la de “Flor de Oro”: un padre cruel la arrojó al río, fue recogida y salvada por unos gitanos que hicieron de ella una saltimbanqui, acróbata experta e intrépida amazona; pero, tratada con la fusta, amargo sufrimiento fue su orfandad. Por eso huyó, y recogida por un hombre que luego falleció legándole su fortuna, se encontró dueña de la casa donde vive, llena de aparente alegría, más sin afectos, porque ella a nadie entregó su corazón por más que el cieno hubiese salpicado su alba frente.

La visita de Mario y sus palabras operan en ella el milagro de la redención, y pide al artista que le crea; Mario duda. De pronto, un coro de “mousmés” irrumpe de las misteriosas habitaciones y lleva al ambiente saturado de sentimentalismo el contraste violento del alborozo.

Mario no sufre la sugestión del encanto, pero Chrysanthème siente su influencia, y en un arranque de suprema pasión le confiesa a Mario su intenso y profundo amor, que es el primero del alma y que la ha conquistado purificándola.

Ante ese desborde impetuosamente pasional, Mario duda y ríe, esgrimando la punzante hoja de la ironía en sus labios; labios que apetece la frágil “mousmé”, quien vibrante de afectos, implora piedad; que la crea sincera y no la desprecie. Acogojada, solloza su quebranto y le grita:

- No me quieres porque soy fea.

- No – le contesta Mario. - ¡Eres muy hermosa! ¡Divinamente hermosa!

Y conmovido, acariciador, le susurra el encanto de sus ojos, los destellos con que brillan... Luego, ya vencido, responde:

- ¡Ah, si pudiera creerte!

- Si, créeme; ¡es la voz de mi alma!

Y bajo el embeleso de su tibia caricia, Mario se aleja con Chrysanthème que su indiferencia se ha trocado en amor. Ella le suplica entonces, conmovida, que no se marche, que no la abandone.

- Quédate, dulce amor mío – le dice – y en una casita blanca, rodeada de plantas y de flores con muchos cysanthemos y jazmines, arrullaremos nuestra dicha, escondiéndonos del mundo.

Mario está conmovido, pero invoca el recuerdo de la madre que lo espera y no se siente con valor par quedarse, aunque ama ya entrañablemente a la pequeña “mousmé”. Sólo con un esfuerzo logra desprenderse de los brazos de Chrysanthème, y al ir a realizarlo advierte que en el idilio tejido vibra intensamente un drama de la vida.

Chrysanthème lucha para detenerlo unos instantes y llora acatando su destino con el fatalismo oriental.

La aurora, que tenuemente ha ido asomándose, sigue encendiendo sus luces con lenta progresión.

La dolorosa despedida, con último abrazo, señala el desgarramiento de dos almas.

Chrysanthème, idealiza por el divino amor, como en un sueño, después de cubrir a Mario con ramos de flores al partir, corre a la ventana y entrega a la luz y a los vientos sus besos dirigidos al amado que se va para no volver.

Y con los besos, Chrysanthème le envía sus cuitas, sus lágrimas y los secretos dolores que le embargan en el poema breve de su redención.

Contrastando con esta escena de espiritualidad, otra vez como un insulto hiriente a sus penas estalla lleno de alborozo el canto de las felices “musmés”.

Chrysanthème, que ha permanecido abatida y sollozante, de repente, herida con el primer rayo del sol, prorrumpie en un grito de angustia suprema, y mirando al sol, con acente de odio le lanza este anatema.

- ¡Oh, sol! Con tu primer rayo se ha apartado de mí el sueño más hermoso de mi amor!

¡Yo te maldigo! ¡Yo te maldigo! ¡Oh, sol!

Y como aniquilada por sus rayos, se desploma rompiendo en sollozos desgarradores.